

Movimientos

11 1991
políticos
y procesos
electorales

EN
Mexico

Jaime Tamayo y Leonardo Valdés Zurita
(coordinadores)

Jesús Arroyo Alejandro • Javier Orozco Alvarado •
Patricia Valles • Mina Piekarewicz • Juan Reyes del
Campillo • María Elena Vélez Romo • José Antonio
Crespo • Jorge Durand • Víctor Manuel Reynoso •
Jorge Santibáñez.

EDITORIAL UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Índice

Introducción	7
Las elecciones y las rebeliones. Tres momentos determinantes del Estado mexicano (1920, 1923-24, 1927-29) <i>Jaime Tamayo</i>	11
Algunos resultados de la encuesta de opinión preelectoral aplicada a la población de la zona metropolitana de Guadalajara en relación con las elecciones locales de 1988 <i>Jesús Arroyo Alejandro, Javier Orozco Alvarado</i>	37
Las elecciones y las fuerzas democráticas en 1958 <i>Patricia Valles</i>	57
El aparato electoral como instrumento para el control gubernamental de los comicios <i>Mina Piekarewicz</i>	67
La ley y las cifras: la elección presidencial de 1988 <i>Leonardo Valdés Zurita</i>	81

La unidad electoral de la izquierda (1985-1988) <i>Juan Reyes del Campillo</i>	105
La UPREZ y las elecciones de 1988 <i>María Elena Vélez Romo</i>	113
La participación político-electoral de los universitarios en México <i>José Antonio Crespo</i>	135
* Abstencionistas o ausentes <i>Jorge Durand</i>	163
Preferencias electorales y elementos de cultura política en los ciudadanos hermosillenses <i>Víctor Manuel Reynoso, Jorge Santibáñez</i>	171

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Lic. Raúl Padilla López
Rector

Lic. Guillermo A. Gómez Reyes
Secretario general

Lic. J. Trinidad Padilla López
Director General de Extensión Universitaria

Lic. Gabriel Vallejo Zerón
Director de la Dirección de Publicaciones

Jorge Durand

Por muchos sexenios a muy pocos les preocupó que en México las elecciones para presidentes se celebraran en el mes de julio, época que coincide con la estancia fuera del país de un buen número de compatriotas en edad de votar. Tampoco pareció interesar a muchos el hecho de que celebraran elecciones municipales en pueblos donde una buena parte de los electores se encontraba fuera de su comunidad. Más aún, a nadie le alarmó el hecho de que esa ausencia se centrara en varios estados de la república, principalmente los del occidente, lo que agravaba aún más el problema del ausentismo electoral en una determinada y muy poblada región del país.

Como se sabe, el fenómeno migratorio internacional que se desencadenó desde el profiriato se incrementó y difundió notablemente en las décadas siguientes. Y durante ochenta años nadie se preocupó por hacer valer los derechos de este amplio contingente de mexicanos. A lo largo de veintidós años, con los contratos braceros, una buena parte de los emigrantes fueron legales y, sin embargo, el gobierno mexicano nunca se interesó en facilitarles su participación electoral. Más tarde, cuando concluyeron los programas braceros, los migrantes pasaron directamente a las categorías de indocumentados, lo cual resultaba una afortunada excusa para que nada cambiara: era imposible empadronar y realizar elecciones entre un grupo de gente considerada como ilegal, que supuestamente no podía estar, no existía en el país del norte.

Pero en verdad ni siquiera fue necesario recurrir a esa justificación. Durante décadas, los trabajadores mexicanos en los Estados Unidos fueron considerados, o por lo menos tratados, como si fuera del PRI, como lo eran "todos" los de la CTM o la CNC. Por años y años el gobierno mexicano asumió la paternidad de sus hijos en la diáspora yéndolos a visitar cada año, pero sólo una vez, en los actos conmemorativos del grito de Dolores.

Pero desde 1988 las cosas comenzaron a cambiar. Las ondas del terremoto electoral del 6 de julio alcanzaron a resquebrajar el andamiaje de mexicanidad priísta que se había montado en los Estados Unidos. Muchas voces nuevas han comenzado a dejarse oír. De ellas tratará el siguiente ensayo.

Migración y elecciones

Al parecer los primeros en llamar la atención sobre el derecho al voto, de los mexicanos que viven el exterior, fueron algunos legisladores y representantes de partidos de izquierda. Poco o nada se pudo hacer.

Un primer sondeo de opinión sobre la relación entre migración y elecciones estuvo a cargo de Jorge Bustamante y un equipo del CEFNOMEX, quienes realizaron una investigación para conocer la opinión de los migrantes en 1982, un momento de elección presidencial. Los resultados del muestreo en tres ciudades norteamericanas (Los Angeles, Chicago y San Antonio), señalaban que casi una tercera parte (70%) de los entrevistados no había votado en las tres contiendas presidenciales anteriores; que una proporción similar (72%) no votaría en las de 1982 y que un porcentaje un poco mayor (77%) se había pronunciado a favor de que se extendieran las elecciones mexicanas para incluir a los que residían en ese momento en los Estados Unidos (Varios: 4:1982).

El informe también afirmaba que sería congruente con las tesis que sostiene México sobre derechos humanos y laborales de los indocumentados, que se ampliara el proceso electoral en el vecino país, pero que esto acarrearía no sólo problemas prácticos —como el de empadronar indocumentados— sino incluso políticos, es decir, llevar la pugna electoral hasta el otro país.

Por otra parte, opinaba el informe, *el bajo nivel de politización observado entre los respondientes (sic) hace concluir que no están listos para participar activamente en una campaña electoral mexicana extendida hacia sus lugares de residencia en los Estados Unidos (Ibíd.: 9)*. Viejo argumento que como todos sabemos ha tenido más de una vez consecuencias inmediatas e imprevisibles.

La cosa no quedaba ahí. Para los autores del informe *los hallazgos de la presente investigación sugieren un gran potencial de efectividad política en las visitas que hiciera en el futuro el Lic. De la Madrid a las comunidades mexicanas en los Estados Unidos primero como presidente electo y luego como presidente constitucional además de que estos hallazgos pueden ser de utili-*

dad particular para los representantes del presidente de la República que visiten Los Angeles, San Antonio y Chicago con motivo de las próximas fiestas del 15 de septiembre (Ibíd.: 10). El informe concluía que *los dos o tres millones de mexicanos residentes en Estados Unidos, más los 15 millones de ciudadanos estadounidenses de origen mexicano jugarán en el futuro cercano un papel cada vez más importante tanto en la política bilateral como en la política interna de México y de Estados Unidos (Ibíd.: 11)*.

Esta es una conclusión que quedaría confirmada a los pocos años pero no en el sentido previsto. Lamentablemente no se hizo una investigación semejante a la de 1982 en las elecciones de 1988. Seguramente los resultados hubieran sido un primer indicio de los cambios que se habían suscitado. Las noticias que llegaron del otro lado parecen confirmar la existencia de una transformación significativa en las actitudes y prácticas políticas de un sector de los mexicanos que viven y trabajan en los Estados Unidos.

Ganando espacio

Lo que hace seis años podía ser un interés académico, en 1988 se convirtió en una nueva e inesperada preocupación política para el Estado. Aquellos que *no estaban todavía preparados* para la democracia, resultaron tener mayor conciencia política de lo que se creía, mayores deseos de participar de los que se suponía.

El asunto tomó, desde muy temprano, un color y un calor imprevisto. Un grupo de mexicanos, residentes en los Estados Unidos, se pronunció a favor de la candidatura de Heberto Castillo, por el PMS y manifestó su apoyo a los esfuerzos de la Corriente Democrática, que en ese momento se había separado del PRI. Poco después se formó un *Comité Mexicano por derecho al voto en el exterior (La Jornada, 8 de enero de 1988)*. La efervescencia política que se vivía en México había traspasado la frontera con la misma facilidad que un migrante cruza la línea internacional entre su patria y los Estados Unidos.

Bustamante terció en la polémica. Desde su punto de vista la propuesta no era atinada ya que podía poner en peligro de deportación a muchos indocumentados, por las implicaciones a la "soberanía nacional" que pudieran tener las campañas de diferentes partidos mexicanos en los Estados Unidos, porque se abriría un nuevo frente de problemas en las relaciones bilaterales (*El Excelsior* 14 de diciembre de 1987) y también porque resultaba incorrecto *que dicha demanda sea promovida por chicanos, que no son ciudadanos mexicanos*. A lo que inmediatamente uno de los organizadores

contestó que *los del comité somos mexicanos, no chicanos. Yo soy de la Cruz Elota, Sinaloa (La Jornada, 8 de enero de 1988).*

En los meses siguientes los deseos de participar en favor del Ing. Cárdenas se concretaron en múltiples acciones de apoyo y solidaridad por parte de una buena cantidad de asociaciones y agrupaciones de mexicanos y chicanos. Se dice que Cuauhtémoc Cárdenas recibió de esos grupos un importante donativo monetario para su campaña.

De allí también que las denuncias de fraude después de las elecciones cruzaran rápidamente la línea. Los mítines y plantones frente al consulado mexicano de Los Angeles duraron varios días. Inesperadamente los mexicanos habían perdido la apatía y el miedo a expresar sus opiniones políticas sobre lo que sucedía en su tierra.

Quedó claro que los mexicanos habían empezado a cambiar y entre esos cambios estaba el de negarse a ser encasillados como priístas por el solo hecho de ser mexicanos, con motivo de la celebración del grito, el 16 de septiembre de 1988. Desde hacía mucho, la celebración de las fiestas patrias en el extranjero habían sido una muestra de folklore y mexicanidad. El gobierno capitalizaba la ocasión enviando a sendos representantes del gabinete quienes encabezaban los festejos en representación del presidente.

Pero ese año las cosas fueron diferentes. En Los Angeles los cardenistas que viven en Estados Unidos, indignados con el fraude electoral, no estuvieron dispuestos a participar del modo habitual bajo la batuta del entonces Secretario de Educación, Miguel González Avelar. El acto se retrasó más de una hora y el abucheo fue siempre constante y pertinaz, tanto a los músicos y cantantes como a los funcionarios. La tradicional fiesta mexicana se había convertido en una reunión política, con todo el furor, fervor y hervor que implica.

Algunos sectores de la comunidad mexicana en Los Estados Unidos quedaron indignados: se había convertido en arena política un acto esencialmente patriótico. La ira atravesó la frontera, en esta ocasión de allá para acá. A Bustamante (*Excelsior*, 19 de septiembre de 1988), no le preocuparon tanto las "expresiones partidistas de los simpatizantes del Frente Cardenista en contra del Gobierno de México" como la *falta del respeto al Himno Nacional y a la bandera en el momento más solemne de la conmemoración ritual de lo acontecido en Dolores*. Para el editorialista, los frentistas eran "mexicanos de México" que se distinguían de los miembros de la comunidad de Los Angeles. Para algunos manifestantes, la cosa era diferente: *Aquí en California todos somos cardenistas, menos los que vinieron a dar el*

grito, que son los políticos del PRI, que nunca faltan (Proceso, 19 de septiembre de 1988).

Como diría el informe de la investigación, antes citada, la fiesta mexicana del día 16 *sugiere (n) un gran potencial de efectividad política*, sólo que en esta ocasión no resultó exclusiva o unívocamente priísta. El hecho es que después de sesenta y dos años, la celebración del grito en los Estados Unidos ha empezado a ser un testimonio de las profundas disparidades que separan a los mexicanos, más que de la ideología que los congrega. Pero no sólo se ha suscitado una toma de conciencia entre los mexicanos que están en los Estados Unidos, en especial de los que viven en Los Angeles, la segunda ciudad con mayor número de mexicanos; se ha dado asimismo un paso hacia la militancia y el activismo que busca formas y modalidades de expresión frente a los problemas de uno y otro lado de la frontera.

Pocos días después, en desplegados aparecidos en diferentes periódicos de la capital (*La Jornada*, 3 de octubre de 1988) algunos sectores de la comunidad México-norteamericana de Colorado, Arizona y California expresaron su apoyo y "afectuosa felicitación" por el triunfo obtenido por Carlos Salinas de Gortari.

Pero el asunto no quedó ahí. Sobre todo en el campo, en las plantaciones del suroeste norteamericano, muchos jornaleros se han empezado a organizar en grupos y asociaciones que se autonombran cardenistas. El vínculo ha sido establecido y muchos dirigentes cardenistas, incluidos Heberto Castillo y el propio Cuauhtémoc han ido a diferentes lugares de los Estados Unidos a entrevistarse con los dirigentes que demandan su presencia.

Comentario final

En los estudios migratorios el análisis de la dinámica económica y demográfica ha encabezado los análisis de tipo cultural y sobre todo políticos. Pero ahora, ante los recientes acontecimientos políticos, han aparecido elementos, puntos de apoyo que permiten empezar a reflexionar sobre las relaciones entre migración y procesos electorales, en torno a la participación política de los que están del otro lado y a las consecuencias que pudieran acarrear a la soberanía nacional y a las relaciones bilaterales.

Sobre todo, permiten entrever reacciones políticas en ambos lados de la frontera, lo que a la larga será un factor indispensable en el nuevo y sin duda más complejo escenario político que ha empezado a emerger. Al apoyo que veladamente dio el gobierno americano a los panistas, se ha sumado

la simpatía de muchos mexicanos y mexicano-americanos residentes en los Estados Unidos hacia el cardenismo. Y, por supuesto, el apoyo al salinismo por medio de desplegados de miembros distinguidos de la comunidad mexicano-americana.

La animación que despertó la campaña electoral y sobre todo la irrupción del neocardenismo entre los mexicanos del otro lado plantea, de manera imperiosa, la demanda del voto mexicano en el exterior para las próximas elecciones presidenciales. Pero no sólo eso. También ha puesto al descubierto el proceso de politización de un sector importante de mexicanos que por el mismo hecho de ser migrantes, de estar en el exterior, han podido eludir al sistema de control corporativista que se ejerce en sus localidades de origen. Esta situación puede aportar experiencias, formas e interés de participar de los migrantes a su regreso a México a sus terruños asolados por la crisis. Esta es sin duda una de las grandes incógnitas que ha dejado la movilización política de los mexicanos en el otro lado. Esta es quizá una de las tantas nuevas preocupaciones que le dejó la contienda al aparato gubernamental.

Finalmente, el cardenismo en los Estados Unidos ha logrado un objetivo inesperado o, quizá, largamente esperado: dar coherencia y cohesión política a una serie de demandas propias de los trabajadores migrantes en los Estados Unidos. Hasta hace poco tiempo los mexicanos habían encontrado en el guadalupanismo o en el 12 de diciembre el símbolo y la ocasión para identificarse y movilizarse por algunas demandas, frente a algunos problemas. Pero ahora un sector de mexicanos que viven en el otro lado han descubierto en el cardenismo un asidero ideológico mucho más relevante, políticamente más significativo para congregarse y luchar. Es más, para algunas asociaciones que permanecían entrampadas en el debate con viejas nociones marxistas (Santamaría, 1988) el cardenismo les ha abierto un camino que las puede sacar del impasse. Las elecciones de 1988 y el fraude que las siguió han servido como un catalizador para el desarrollo y organización de diferentes asociaciones de trabajadores migrantes.

Al mismo tiempo, los acontecimientos electorales recientes han puesto de manifiesto la conveniencia de revisar y aclarar conceptos y concepciones. Un aspecto de la discusión sobre los procesos electorales ha girado en torno al número de votantes y a los que se abstienen. Y sin duda es un aspecto muy importante pero que también omite un hecho: la existencia de un sector importante de la sociedad mexicana que ni vota ni se abstiene porque de hecho está imposibilitado de votar. Son los dos millones de mexicanos con más de dieciocho años que se calcula que viven o trabajan en los Estados Unidos.

La discusión académica y política sobre el abstencionismo en realidad ha escondido el problema del ausentismo que es totalmente diferente. Ciertamente es plausible que una parte de los mexicanos que estaban fuera del país no tuviera interés en votar, pero la verdad es que siempre han estado imposibilitados de hacerlo. Diferencia que los traslada del abstencionismo al ausentismo.

Pero en política, lo que unos desechan, otros aprovechan. Ahora resulta que un grupo de políticos norteamericanos de origen hispano, está sumamente interesado en el millón de mexicanos que recientemente han sido legalizados y que en un futuro podrían ser ciudadanos americanos. Para ese grupo el potencial político del voto hispano no es nada desdeñable; es más, en poco tiempo podrían ser mayoría en varios estados y representar un voto decisivo en otros. Ahora resulta que por un procedimiento legal, los que antes no podían votar en las elecciones mexicanas porque eran indocumentados, en un futuro cercano lo podrán hacer en los Estados Unidos. Ironías o felonías del destino.

Referencias

1. Centro de Estudios Fronterizos del Norte de México *Mexicanos residentes en Estados Unidos*. Tijuana, B.C., versión mimeografiada Cefnomex. 1982.
2. Santamaría, Arturo *La izquierda mexicana y los trabajadores indocumentados*. México, Ediciones de Cultura Popular. 1988.
3. Periódicos *La Jornada* y *El Excelsior*.